

# Inti: Revista de literatura hispánica

---

Volume 1 | Number 67

Article 16

---

2008

## Alonso Cueto o el espejo invertido

Ángel Esteban

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Esteban, Ángel (Primavera-Otoño 2008) "Alonso Cueto o el espejo invertido," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 16.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/16>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

## ALONSO CUETO O EL ESPEJO INVERTIDO

Ángel Esteban  
Universidad de Granada

**L**a lealtad, el afecto o la traición nunca tienen un motivo suficientemente claro. Eso es lo que piensa Alonso Cueto (Lima, 1954). Todo lo que cohabita con el ser humano y se planta a su alrededor es un misterio. Por eso le ha interesado tanto la novela policial, y por eso el peruano se siente deudor de Henry James y de Chandler, entre otros. Pero lo humano necesita intensidad para que lo banal se convierta en objeto de extrañamiento. En *La hora azul* (Anagrama, 2005), todas las emociones humanas lo son en el papel porque el autor es consciente de que son consecuencia del lenguaje, y no tanto de su misma realidad. La violencia reflejada sólo con pelos y señales, la infidelidad matrimonial descrita crudamente, la violación presentada con sonoridad brutal, apenas dejarán huella en el lector si la mano que las describe no decide con maestría el camino que tiene que seguir.

Por eso, en la novela de Cueto no hay grandes saltos, por enormes y desagradables que sean las miserias reveladas, sino estrategias discursivas perfectamente diseñadas. Su prosa convence, inquieta y conmueve, y los hechos que se narran adquieren la verosimilitud de la ficción, más que la verdad de lo ocurrido. Lo de menos es que aquellos sucesos hayan tenido un correlato en la historia política reciente de Perú, lo de menos es que Cueto acudiera a las fuentes y a los lugares que pudieran suministrarle información, porque lo verdaderamente importante es que el que escribe es un fingidor que sabe lo que hace. Sólo así se extrae una verdad que supera el nivel de la simple representación, para acceder a una región más transparente, más profunda, más colectiva, que supera el estrato de la *story* y se instala en el de la *History* con mayúsculas. Un país desde el contexto de una familia, una guerra en el contexto de un comandante inseguro. Y desde esa atalaya, el conjunto de tensiones que definen la realidad peruana del fin del siglo XX,

que en *Grandes miradas* era la corrupción institucional y en *La hora azul* es la violencia senderista y la de los militares que tratan de contrarrestarla.

Esa ascensión de lo particular a lo general está manifestada, sobre todo, en la figura del protagonista y narrador. Adrián Ormache, desde la página 23, se encuentra con un mensaje que tiene que descifrar para conseguir la verdad. Pero, ¿la verdad sobre qué? Aquí no hay mapas enigmáticos que nos llevan a un tesoro, o anillos que evitan el mal, o pistas que nos darán a conocer cuál fue el cáliz que utilizó Jesucristo en la Última Cena y que, por tanto, llevó su propia sangre, sino caminos inciertos que no se sabe si van a llevar a ningún sitio. La única motivación es la propia misión, no el resultado. Sin embargo, el carácter mágico y obligatorio de la tarea es igualmente apremiante. Una chica en Huanta. Es todo lo que el padre de Adrián logra comunicar al hijo ante de morir. Tienes que buscarla. “Te lo estoy pidiendo por favor. Antes de morirme” (23). Es una cruzada personal que acredita tonos épicos en el comienzo pero que se llena de vergüenzas inconfesables conforme la investigación va adquiriendo luces.

El policial funciona aquí como un estreno en la conciencia, y la lección de Henry James es clara, pues fue él quien definió el narrador como una “conciencia central” que organiza y dosifica los elementos. Cueto definió su novela como un cuento de hadas al revés, porque en los relatos tradicionales, los héroes viven en un mundo convencional, real y contingente, y entran de repente en otro mundo mágico, encantado, perfecto y absolutamente ajeno a la realidad, donde el mal ha desaparecido, y la complejidad existencial se ha convertido en inocencia. En *La hora azul*, por el contrario, el protagonista vive en un mundo de cristal, de espaldas no sólo a la historia traumática de sus padres, sino también a la de todo el país. Tras el descubrimiento de la carta que la madre le ha dejado antes de morir, y el recuerdo de la chica de la que hablaba su padre mientras agonizaba, Adrián entra en el mundo real, sale del espejo encantado, como un contrapunto de Alicia, y el país de las maravillas se convierte en la cruda verdad del Perú contemporáneo y de su historia familiar. En este sentido, la cercanía de esta novela con la película del cubano Daniel Díaz Torres, *Alicia en el pueblo de Maravillas*, es muy sugestiva. En la cinta del cubano, la protagonista, Alicia, llega al pueblo de Maravillas de Novera, y allí encuentra un mundo sórdido pero real, que explicita por extensión la triste pero verdadera situación de la Isla en los años noventa, algo que había estado vedado a los ojos de ella desde siempre.

Se puede decir, así, que Adrián experimenta un peculiar *bildungsroman*. En efecto, *La hora azul* es una novela de crecimiento, pero de un modo muy deferente al de los textos picarescos, que van de la infancia a la madurez, o los específicos de aprendizaje, en los que cada *step* de conocimiento se encuentra naturalmente ligado a una determinada edad. Adrián es un hombre maduro en años pero inmaduro existencialmente. Ha crecido en un ambiente burgués, lejos de un padre basto e irresponsable que tiene a sus

espaldas un número obsceno de muertos gratuitos. Ha estudiado en la universidad, se ha casado con una mujer de su clase social y ha creado un despacho de abogados que funciona espectacularmente. Pero lo más simbólico es el espacio. En la novela se contraponen constantemente el mundo de Adrián con el de las clases bajas a través de los lugares: casas buenas o malas, bares o restaurantes elegantes frente a los sencillos, coches lujosos o destartalados, etc. El lugar cerrado podría identificarse con la torre de cristal. En el caso del protagonista, esa torre tiene tres referentes: la casa de San Isidro, el coche y el despacho de abogados, donde tiene, incluso, una camisa de repuesto, para cambiársela después del incidente en el que Miriam está punto de matarlo (248).

Pero el símbolo más claro es el de su vivienda habitual. San Isidro es un barrio de grandes mansiones, de casas con tapia elevada, con vigilancia continua, con exquisita privacidad. Desde una de ellas donde hay un interior magnífico, con jardín y piscina, no se divisa lo que hay alrededor, pues la pared tapa la vista a 360 grados. Del mismo modo, Adrián ha vivido, interiormente, en una casa de ese tipo, sin saber qué pasaba a su alrededor, solamente con la compañía de su familia acomodada, su bienestar material y la belleza del lugar privilegiado. Nada ha conocido de lo que ocurre en los barrios periféricos de Lima, que poco a poco recorrerá con ansiedad, ni de lo que sucede en el resto del país. La lectura del texto genera una conexión magnífica entre la entrada en la conciencia del protagonista con respecto a la sociedad en la que ha vivido sin reconocerla, y los pasos que en la actividad detectivesca devienen conocimiento del caso.. Porque Adrián es un investigador interesado. No quiere dinero por sus pesquisas, ni esclarecer verdades. No es un policía. Sólo busca recuperar un pasado y encontrarse a sí mismo, comprobar que su relación con el mundo le define, y que hasta la fecha el saldo de esa relación ha sido muy pobre, casi inexistente, a pesar de su palmario triunfo económico y social.

Como apuntaba al principio, lo más interesante del relato son las estrategias discursivas. Gracias a ellas se produce el proceso de maduración del inmaduro adulto. Pero en Cueto no sólo hay una asimilación de las técnicas de exposición gradual de pistas (una carta, un número de teléfono, una llamada, el nombre de una peluquería, un apellido que recuerda a otro, un dato que se le escapa a un entrevistado, la cara de turbación de una persona que no quiere que le extraigan información), sino una derivación emocional hacia lo humano frente al suspenso. Esto quiere decir que la carga de adrenalina que el lector recibe no se apoya tanto en el esclarecimiento paulatino de algunos hechos pasados, como en el contenido existencial y autoindagatorio que esos hechos deparan en el protagonista. Si quisiéramos aclarar este aspecto de un modo más gráfico, podríamos acudir a las pautas del encefalograma, que en esta novela tendría tres líneas. La primera es la de los sucesos narrados, que acapara continuas cimas y simas, muy abruptas, ya que cada indagación lleva a un abismo de violencia, infidelidades,

muerres trágicas, masacres humanas, engaños de muy baja ralea, etc. La segunda línea es la del crecimiento del narrador homodiegético, ascendente a cada paso, con picos intermedios, hasta una altura máxima de emoción hacia el final de la novela, con la muerte de Miriam y la separación matrimonial. Y la tercera, la más importante, a mi modo de ver, es la de la narración. Es una línea casi recta, casi constante, donde no hay sobresaltos, gracias a la homogeneidad del estilo.

Cueto ha madurado su prosa. Si en *Grandes miradas*, Vargas Llosa hablaba de una narración “rápida y arrolladora” en *La hora azul*, sin perder el sentido de urgencia, el autor ha remansado el cauce hacia la delectación melancólica, no exenta de hiperrealismo carveriano. La velocidad del *thriller*, que se nota por momentos, queda compensada por el tono reposado de la compostura general del relato. Pero este itinerario es muy sutil. En una estructura superficial, podemos dejarnos llevar por las descripciones de las torturas, como la de aquel hombre que fue rociado con gasolina y expuesto al sol del mediodía para que se quemara poco a poco hasta morir, pero si profundizamos un poco, tendremos que aceptar que lo que más nos emociona es el recorrido del protagonista. En *La fiesta del Chivo*, por ejemplo, nunca habrá más expectación por el enigma de la huida de Urania Cabral y el rechazo al padre, que por las consecuencias trágicas del asesinato de Trujillo o las vejaciones del dictador a su adláteres. La violencia es el tema fundamental de la novela de Vargas Llosa, y el personaje de Urania es un elemento, hasta cierto punto, secundario y algo desubicado. En *La hora azul*, sin embargo, es el carácter del protagonista quien agarra decididamente la narración y la lleva sin fisuras hasta el final. Por eso tienen más fuerza los descubrimientos de Adrián que todos los episodios violentos, a los cuales, por otro lado, ya estamos muy acostumbrados en la narrativa peruana de las últimas décadas. Es decir, Alonso Cueto consigue con su maestría narrativa que el horror de los sucesos narrados no tenga más energía expresiva que la necesidad de una búsqueda.

Por lo demás, algunos aspectos del desenlace personal parecen previsibles. El idilio de Adrián con Miriam era imaginable, toda vez que el conocimiento de una serie de sucesos sobre la vida pasada de sus padres ha desestabilizado el mundo hermético donde vivía, y las tapias de San Isidro han desaparecido, simbólicamente. La muerte posterior de Miriam es otra vuelta de tuerca casi necesaria, si finalmente se quiere salvar el matrimonio y sugerir que, aunque la clase alta limeña sea capaz de sentir la alineación de los pobres, los desterrados, los violentados, los sin voz, las cosas nunca van a cambiar, porque la estructura que sustenta el tejido social es tan antigua como el país, tan duradera como las mismas diferencias. De hecho, la separación del matrimonio burgués no terminó en divorcio, sino en reconciliación. Adrián descendió, de la mano de un Virgilio indígena, pobre, violado y aterrorizado, al infierno más temido, pero supo salir de allí a tiempo, sin mezclarse demasiado con sus paisanos. Finalmente, Adrián no

sabe nada. Pudo abandonar su antigua vida y dedicarse a redimir a los vivos. No fue suficiente que su mala conciencia le llevara a apadrinar al hijo de Miriam cuando ella se suicidó. Su vida apenas cambió. Lo único que interesaba, sobre todo a su mujer Claudia, era que nadie supiera que Miguel existía, no fueran a pensar que era el hijo extramatrimonial de Adrián con una chola. A pesar de la densidad humana de todos los descubrimientos, Adrián prefirió atravesar nuevamente el espejo y volver a la vida de infancia, donde nada malo ocurre. Lo curioso es que ni siquiera aprende el lenguaje. Invierte los términos. Llama realidad a lo de siempre, y viajes imaginarios a lo que ha vivido con Miriam y su entorno. En las últimas páginas de la novela el narrador, felizmente reinstalado en San Isidro, con su mujer, sus hijos y su tapia, reproduce lo que ha escrito al respecto:

Después de todos los lujos, de los viajes de la imaginación y del deseo tenemos que regresar a lo que nos rodea (...). Tenemos que hacer el empinado camino de vuelta de nuestros viajes imaginarios, enfrentarnos al hecho masivo de que tenemos una familia y que tenemos una pareja que nos han sido dados por un azar de la voluntad, el hecho de que alguna vez una muchedumbre de gente nos oyó decir un "sí" en una iglesia. (297)

No es una reflexión esperanzadora. Esta vez se parece más a la Alicia original. Volver del espejo a la realidad es caer en lo rutinario, en el convencimiento de que la felicidad es un engaño, una suerte de encantamiento transitorio. Pero la verdad de la verdad es que, con todos sus sinsabores, la vida burguesa de ese inconsciente es mucho más llevadera que la de todos esos millones de desahuciados de la vida. El amor a Miriam volvió a tapar los ojos de Adrián, que ya no tendría otro padre que le pidiera, en el lecho de muerte, buscar a una chica en Huanta, y otra madre que, al morir, le dejara una carta enigmática. Ningún habitante de San Isidro podrá saber jamás, por mucho que se lo cuenten los periódicos, se lo transmitan las televisiones o las chicas de servicio que trabajan en sus casas, lo que pasó allá lejos, en las montañas, en los tiempos de Sendero Luminoso.